

Andrés Abel  
**Los diarios de la Mosca de la Carne**

# CONTENIDO

I

II

III

IV

Créditos

Superviviente de la Mosca de la Carne

Imágenes promocionales

## I

### El Susurrador de Perros

La puerta de metal aún vuela por el aire después de haber recibido el toctoc de mi bota —un solo toc en realidad— cuando el bochorno que emana del interior me rodea como el fantasma de una puta menopáusica. No quiero ni imaginar el hedor que debe de acompañarlo. Soy muy sensible a los olores. Antes de salir de la Cámara siempre unto el filtro de la máscara con una pizca de Vicks VapoRub.

Pregúntale a cualquiera: esta ciudad está podrida. La Carcasona que he jurado limpiar no tiene nada que ver con su homónima francesa. Simplemente fue fundada por gabachos, y por eso los odio tanto.

Con el calor llegan los ladridos. Mejor que una alarma electrónica. Hay dos hileras de jaulas amontonadas hasta el techo, formando un estrecho pasillo mal iluminado que conduce hasta otra puerta. A pesar de la distancia puedo distinguir que está dividida por la mitad, igual que la de un establo, y también los ojos saltones del Susurrador asomando a través de la mirilla. Parpadean varias veces sin control antes de que se abran todas las jaulas.

Tessier lo bautizó como el Susurrador de Perros después de que la policía encontrara pelo de distintas razas en los cadáveres que aparecieron a medio devorar. Tobías Tessier. La gran estrella del Residente de Carcasona. Hay otros periódicos, y otros reporteros trabajando en su mismo campo, pero todos respetan su nomenclatura. Haberle puesto nombre al primer psicópata creativo de nuestra historia reciente parece haberle concedido ese privilegio. Además tiene un don para ello. No me extrañaría nada que hubiera sido un antepasado suyo el primero en referirse a la ciudad con la denominación que ahora usamos la mayoría de sus habitantes.

Carcasa.

Una lluvia de babas antecede a la tormenta de colmillos que se precipita sobre mí. Odio los perros casi tanto como a los franceses. Se dejan caer desde las jaulas más altas y chocan unos con otros en el suelo. La jauría no tiene ninguna intención de aprovechar la salida que se abre a mi espalda. Están hambrientos y rabiosos. Me deshago de la primera oleada con un golpe de la capa. La utilizo sobre todo para transportar los cuchillos en el forro, y los más largos la cruzan como las falanges de un murciélago, con las puntas asomando por el borde igual que uñas.

Vaciando vientres. Cortando extremidades hasta el hueso. Extraigo dos machetes filipinos y me abro camino como puedo entre la jungla de molosos. Hay ejemplares imponentes, pero se enfrentan a un eskrimador de 130 kilos. Distingo la cabeza de un fila brasileño con las orejas mordisqueadas cruzándose en el aire con los cuartos traseros de un bulldog francés, y después todo se vuelve borroso. Las tripas de los perros amortiguan la caída de sus miembros cercenados. El suelo queda empantanado con los surtidores que brotan de las gargantas de los mastines. Cuando algún perro consigue cerrar sus mandíbulas sobre las capas de Kevlar y Nomex que envuelven mi cuerpo lo atravieso igual que si pescara en un río con un palo afilado.

El traje entero es negro y gris, a excepción de los cristales rojos de la máscara. Supongo que de ahí sacó Tessier lo de la Mosca de la Carne. El nombre me gusta. Creo que dice más de la ciudad que de mí mismo.

Ya no se escucha ningún ladrido; tan solo una lastimera disonancia de gañidos. Los machetes vuelven a desaparecer dentro de la capa. El espacio entre las jaulas es un vertedero de partes de perro. Algunas aún menean la cola mientras avanzo pisándolas hacia la puerta del fondo. Cuando estoy a medio camino veo abrirse la parte de abajo y un boerboel leonado con una cabeza tan grande como el agujero que le da salida se planta al final del pasillo y me mira directamente a los ojos. Los suyos están separados por una línea vertical que le cruza todo el cráneo. Hace un movimiento como si fuera a ladrar y, en lugar de eso, la cabeza se le abre igual que una flor: la mandíbula inferior marcando las 6, el resto en dos grandes pétalos que señalan las 2 y las 10. El interior se parece al culo de una medusa, con los tentáculos flotando en el aire.

El Gourmet fue el primero, aunque nadie parezca recordarlo. Tessier colocó su nombre en la portada del Residente y, con su carrera ya lanzada, se olvidó de él tan pronto como empezaron a aparecer imitadores. Cualquiera podría ver que la actual diversidad de rituales y *modi operandi* que inunda las páginas de sucesos tiene su raíz en aquella primitiva mezcla de canibalismo y alta cocina... si Tessier no se hubiera encargado de enterrarla bajo decenas de nuevos y pintorescos apelativos. Incluido el de la Mosca de la Carne. En todo este tiempo he visto mucha mierda, pero nada comparable a lo que se me acerca corriendo desde el final del pasillo.

Saco un cuchillo arrojadizo tan grande como mi antebrazo y me dispongo a lanzarlo hacia el espacio en que se agitan los nuevos apéndices

del perro. Cuando levanto la mano el animal se detiene y me apunta con ellos. Por un momento me los imagino estirándose para desarmarme, pero entonces me doy cuenta de que simplemente he captado su atención. Muevo la mano a izquierda y derecha, y los tentáculos la siguen. El Susurrador continúa observando a través de la mirilla.

---

*Fin del fragmento*

*Consigue el eBook completo en*

<https://lektu.com/andres-abel/los-diarios-de-la-mosca-de-la-carne/6628>